

al Parque de los Ciervos. El autor del *pacto de familia* se retira a Chanteloup, mientras la revolución intelectual se consuma bajo el influjo de Voltaire; instálase el Consejo pleno de Maupeou; Luis XV lega el patíbulo a la favorita que lo había degradado después de haber enviado a Garat y a Sanson a Luis XVI, al uno para que la leyese, y al otro para que ejecutase la sentencia.

Este último monarca contrajo matrimonio el 16 de mayo de 1770 con la hija de María Teresa de Austria, cuyo fin nadie ignora. Pasaron los ministros Machault, el anciano Maurepas, Turgot el economista, Malesherbes, hombre de virtudes antiguas y de opiniones nuevas, Saint-Germain, que destruyó la casa del rey y publicó una ordenanza funesta, y por último, Calonne y Necker.

Luis XVI convocó los parlamentos, abolió la esclavitud personal, derogó el tormento antes de la publicación de la sentencia y devolvió los derechos civiles a los protestantes, reconociendo su matrimonio legal. La guerra de América en 1779, impolítica para Francia, juguete siempre de su generosidad, fué útil a la especie humana, y restableció en todo el mundo el aprecio de nuestras armas y el honor de nuestro pabellón.

La revolución se levantó dispuesta a dar a luz la generación guerrera que ocho siglos de heroísmo habían engendrado en su seno.

Los méritos de Luis XVI no satisficieron las faltas que sus antepasados le habían dejado en expiación; pero los golpes de la Providencia caen siempre sobre el mal y nunca sobre el hombre: Dios abrevia los días de la virtud en la tierra para prolongarlos en el cielo.

Bajo la constelación de 1793 rompiéronse las fuentes del grande abismo, y todas nuestras antiguas glorias se reunieron, e hicieron su última explosión en Bonaparte, que nos las envía desde su féretro.

Nací durante la realización de estos hechos. Dos nuevos imperios, Prusia y Rusia, apenas se han anticipado a mí sobre la tierra medio siglo. Córcega se hizo francesa en el instante en que nací, puesto que vine al mundo veinte días después que Bonaparte, quien me llevaba consigo. Iba a entrar en la marina en 1783, cuando la flota de Luis XVI iondeó en Brest: esta flota traía las actas del estado civil de una nación formada

bajo las alas de Francia. Mi nacimiento se enlaza con el nacimiento de un hombre y de un pueblo; yo era el pálido reflejo de una luz inmensa.

Si se fija la atención en el mundo actual, le veremos estremecerse, a causa del movimiento impreso por una gran revolución, desde Oriente hasta China, que parecía cerrada para siempre: de esta suerte nuestros trastornos pasados nada son, y el estruendo del nombre de Napoleón apenas se percibe en el sentido más lato de los pueblos, lo mismo que Napoleón ha apagado todo el estruendo de nuestro antiguo globo.

El emperador nos ha dejado sumidos en una agitación profética. Nosotros, que constituimos el estado más maduro y adelantado, revelamos numerosos síntomas de decadencia. A imitación de un enfermo en peligro de muerte, se angustia ante la idea de lo que encontrará en su sepultura; una nación que se siente desfallecer, se inquieta al entrever su porvenir. De aquí proceden las herejías políticas que se suceden.

El antiguo orden europeo expira, y nuestros actuales debates parecerán a la posteridad luchas pueriles. Nada existe ya: la autoridad de la experiencia y de la edad, el nacimiento o el genio, el talento o la virtud, se niegan sin distinción; algunos individuos se encaraman penosamente en la cima de las ruinas; se proclaman gigantes y ruedan despeñados como miserables pigmeos. Exceptuando una veintena de hombres que sobrevivirán y que estaban destinados a llevar la antorcha a través de los tenebrosos arenales en que se entra; exceptuando, repito, esos pocos hombres, una generación que abrigaba en sí misma un espíritu fecundo, grandes conocimientos adquiridos, gérmenes de victoria de toda clase, los ha ahogado en una inquietud tan improductiva, cuanto estéril es su orgullo. Multitud sin nombre, que se agita sin saber por qué, como las asociaciones populares de la Edad Media, rebaño famélico que no reconoce pastor, que corre de la llanura a la montaña y de la montaña a la llanura, desdeñando la experiencia de los pastores avezados al viento y al sol. En la vida de la ciudad todo es transitorio: la religión y la moral dejan de ser admitidas o cada cual las interpreta a su capricho. Entre las cosas de naturaleza inferior, aun en poder de convicción y de existencia, una reputación apenas brilla una

hora; un libro envejece en un día, y los escritores se suicidan por llamar la atención; inútil vanidad, puesto que ni siquiera se oye su último suspiro.

De esta predisposición de los espíritus resulta que no se excogitan otros medios de conmover que escenas patibularias y costumbres vergonzosas; olvidase que las verdaderas lágrimas son las que hace derramar una hermosa poesía, lágrimas en las que hay tanta admiración como dolor; pero ahora, que los talentos se nutren de la regencia y del terror, ¿qué asuntos necesitamos para nuestras lenguas destinadas a morir tan pronto?

Ya no brotará del genio humano alguno de esos pensamientos que llegan a ser patrimonio del universo.

He aquí lo que todos dicen y lo que todos deploran, y, sin embargo, las ilusiones superabundan, y cuanto más cerca estamos de la tumba, más nos halaga vivir. Vemos monarcas que se figuran ser monarcas; ministros que piensan ser ministros; diputados que creen que es una cosa muy formal sus discursos; propietarios que, poseyendo esta mañana, se persuaden de que poseerán esta noche. Los intereses particulares, las ambiciones personales, ocultan al vulgo la gravedad del momento; y, no obstante, las oscilaciones de los negocios del día, no son otra cosa que una arruga en la superficie del abismo que no disminuye la profundidad de las olas. Al lado de frívolos juegos contingentes, la especie humana aventura la gran partida; los reyes tienen aún los naipes y los tienen por las naciones; ¿valdrán éstas más que los monarcas? Esta es una cuestión aislada que no altera el hecho principal. ¿Qué importancia tienen los juguetes infantiles y las sombras que se deslizan sobre la blancura de un lienzo? La invasión de las ideas ha sucedido a la invasión de los bárbaros; la civilización actual, descompuesta, se pierde en sí misma; el vaso que la contiene no ha derramado su licor en otro, ¡el vaso mismo se ha roto!

¿En qué época desapareció la sociedad? ¿qué accidentes podrán suspender su movimiento? En Roma, el reinado del hombre substituyó al reinado de la ley; se pasó de la república al imperio; nuestra revolución se consuma en sentido contrario; nos inclinamos a pasar de la monarquía a la república, o para no especificar ninguna forma, a la democracia;

pero esto no se realizará sin grandes dificultades.

Para citar únicamente un punto entre mil, la propiedad, por ejemplo, ¿quedará distribuida como hoy lo está? La monarquía que nació en Reims habrá podido hacer marchar esa propiedad, templando su rigor por medio de leyes morales, lo mismo que había cambiado la humanidad en caridad. Un estado político donde hay individuos que cuentan con millones de renta, mientras que otros individuos perecen, ¿puede subsistir cuando la religión no está allí con sus esperanzas fuera de este mundo para explicar el sacrificio?

Hay niños a quienes sus madres amantan a sus pechos secos, a falta de un bocado de pan para alimentar a sus moribundos hijos; hay familias cuyos miembros se ven obligados a hacinarse juntos durante la noche por falta de abrigo para calentarse. Aquél ve madurar sus dilatados campos mientras no posee más que los seis pies de tierra concedidos a su sepultura por su país natal. Ahora bien, ¿cuántas espigas de trigo pueden prestar a un difunto seis pies de tierra?

A medida que la instrucción descende a las clases inferiores, van descubriendo éstas la llaga secreta que roe el orden social y religioso. La excesiva desproporción de las condiciones y de las fortunas ha podido soportarse en tanto que ha estado oculta; pero no bien esta desproporción ha sido generalmente conocida, se ha dado el golpe mortal. ¡Recomponed, si podéis, las ficciones aristocráticas; tratad de persuadir al pobre cuando sepa leer, y ya no crea, cuando posea la misma instrucción que vosotros; tratad, repito, de persuadirle de que debe someterse a todas las privaciones, mientras que su vecino posee mil veces más de lo superfluo! En último recurso os será preciso matarlo.

Cuando el vapor se haya perfeccionado, cuando unido al telégrafo y a los caminos de hierro haya hecho desaparecer las distancias, no serán ya solamente las mercancías las que viajarán, sino también las ideas, conducidas sobre sus alas. Cuando las fronteras políticas e industriales hayan dejado de existir entre los diversos Estados, como ocurre ya respecto de las provincias de un mismo Estado; cuando los diferentes países, en sus diarias relaciones, tiendan a la unidad de los pueblos, ¿cómo remitiréis el antiguo régimen de separación?

La sociedad, por otra parte, no se ve menos amenazada por la expansión de la inteligencia de lo que lo está por el desarrollo de la naturaleza bruta. Suponed los brazos condenados al ocio, en razón de la multiplicidad y variedad de las máquinas; admitid que un mercenario único y general, la materia, reemplace a los mercenarios del suelo o de la domesticidad, ¿qué haréis del género humano desocupado? ¿qué de las pasiones ociosas, al mismo tiempo que de la inteligencia? El vigor corporal se sostiene por medio de la ocupación física; cesando el trabajo, la fuerza desaparece, en cuyo caso seríamos semejantes a esas naciones de Asia, presas del primer invasor, y que no pueden defenderse contra una mano que maneja el hierro. Así la libertad no se conserva más que por el trabajo, porque el trabajo produce la fuerza: retirad la maldición pronunciada contra los hijos de Adán, y éstos perecerán en la servidumbre: *In sudore vultus tui, vesceris pane.*

La maldición divina entra, por consiguiente, en el misterio de nuestra suerte; el hombre es menos el esclavo de sus sudores que de sus pensamientos: ¡he aquí cómo, después de haber dado la vuelta a la sociedad, después de haber pasado por sus diversas civilizaciones, y después de haber supuesto en ella perfecciones desconocidas, nos encontramos en el punto de partida en presencia de las verdades de la Sagrada Escritura!

Europa tenía en Francia, en tiempo de nuestra monarquía de ocho siglos, el centro de su inteligencia, de su perpetuidad y de su reposo; pero, privada de esta monarquía, se ha inclinado decididamente a la democracia.

El género humano, por su bien o por su mal, encuéntrase en una situación anómala; los príncipes han tenido la guardia noble, y las naciones, ya en su mayoría de edad, aspiran a deshacerse de tutores.

Desde David hasta nuestros tiempos, los reyes han sido llamados y la vocación de los pueblos empieza ahora. Las cortas y pequeñas expediciones de las repúblicas griega, cartaginesa y romana con sus esclavos, no impedían en la antigüedad que el estado monárquico fuese el normal en todo el globo; pero la sociedad moderna, desde que no existe la

bandera de los reyes franceses, abandona en masa la monarquía.

Dios, para apresurar la degradación del poder real, ha entregado los cetros en diferentes países, a reyes inválidos, a niñas en mantilla o en visperas de casamiento; y ¡estos leones sin quijadas, estas leonas sin uñas, estas débiles niñas de pecho o distraídas en sus amores, son quienes deben guiar a hombres formados en esta era de incredulidad!

Proclámense los principios más atrevidos a la faz de los monarcas, que todavía se consideran seguros detrás de la triple fila de una guardia sospechosa, la democracia les escala, y suben de piso en piso, desde el cuarto bajo al techo de sus palacios, desde donde se arrojaban al fin por las buhardillas.

En medio de esto, advertid una contradicción fenomenal: el estado material mejora, el progreso intelectual se acrecienta, y las naciones, en lugar de aprovechar tales ventajas, se degradan; ¿de dónde nace esta contradicción?

Nace de que hemos perdido en el orden moral. En todos los tiempos ha habido crímenes, pero no se perpetraban a sangre fría, como sucede actualmente, por efecto de la pérdida del sentimiento religioso; ahora no alarman, porque sólo parecen una consecuencia de la marcha del tiempo; si antiguamente se les juzgaba de otro modo, era, como generalmente se asegura, porque no estábamos bastante adelantados en el conocimiento del hombre; en la actualidad se les analiza y somete al crisol, para ver qué utilidad puede obtenerse de ellos, a la manera que la química encuentra ingredientes en los muladares. Las corrupciones del espíritu, mucho más destructoras que las de los sentidos, se aceptan como resultados necesarios; no pertenecen ya a algunos individuos perversos, sino que han pasado al dominio público.

Muchos hombres creeríanse humillados si se les demostrase que tienen el alma y que más allá de esta vida encontrarán otra; se creían faltos de firmeza, de fuerza y de talento, si no se sobrepusiesen a la pusilanimidad de nuestros padres; adoptan la nada, o si se quiere la duda, como un hecho acaso desagradable, pero como una verdad inconcusa. ¡Admirad la estupidez de nuestro orgullo!

He aquí cómo se explica la muerte de la sociedad y el progreso del individuo. Si el sentido moral se desarrollase en ra-

zón directa del desarrollo de la inteligencia, habría un contrapeso y la humanidad podría avanzar sin peligro alguno; pero desgraciadamente sucede todo lo contrario; la percepción del bien y del mal se oscurece a medida que la inteligencia se ilumina, y la conciencia se contrae a medida que las ideas se ensanchan. Sí; la sociedad perecerá, la libertad que podía salvar al mundo no marchará porque no se apoya en la religión, y el orden que podía mantener la regularidad, no se establecerá sólidamente porque lo combate la anarquía de las ideas. La púrpura que comunicaba en otros tiempos el poder, servirá solamente en lo sucesivo para cubrir la desgracia; ¡no se salvará más que aquel que, como Jesucristo, haya nacido sobre paja! Cuando los monarcas fueron desenterrados en San Dionisio, en el momento que la trompeta anunció la resurrección popular; cuando, exhumados de sus desastrosas sepulturas, esperaban la sepultura plebeya, los traperos acudieron a este juicio de los siglos, examinaron a la luz de sus linternas la noche eterna y registraron los restos que se libraron de la primera rapiña. Los reyes no existían ya, pero el poder real subsistía allí todavía; ¡los traperos lo arrancaron de las entrañas del tiempo y lo arrojaron al cesto de los desperdicios!

EL PORVENIR. — DIFICULTAD DE COMPRENDERLO. — SANSIMONIANOS. — FALANSTERIANOS. — FOURRIERISTAS. — OWENISTAS. — SOCIALISTAS. — COMUNISTAS. — UNIONISTAS. — IGUALITARIOS. — LA IDEA CRISTIANA ES EL PORVENIR DEL MUNDO.

He aquí por qué, respecto a la vieja Europa, jamás resucitará. Pero la joven Europa, ¿ofrece más felices probabilidades? El mundo actual, el mundo sin autoridad consagrada, aparece colocado entre dos imposibilidades: la de lo pasado y la del porvenir. Y no se crea, como algunos se imaginan, que si estamos actualmente mal, el bien ha de surgir de él, porque la naturaleza humana, desorganizada en su origen, no camina con tanta regularidad. Por ejemplo: los excesos de la libertad conducen al despotismo, pero los excesos de la tiranía sólo conducen a la tiranía, y ésta, al degradarnos, nos hace incapaces de independencia: Tiberio no hizo subir a Roma hasta la república, sino que dejó por sucesor a Calígula.

Para evitar explicaciones, limitanse muchos a declarar que los tiempos pueden ocultar en su seno una constitución política que no vemos hoy.

La antigüedad entera, los más esclarecidos talentos de esta antigüedad, se dice, ¿comprendían la sociedad sin esclavos? y, no obstante, la vemos subsistir sin ellos. Afirmase que en esta futura civilización la especie se perfeccionará, y yo mismo he sustentado esta teoría; pero, ¿no debemos temer que el individuo se degrade? Podremos ser laboriosas abejas ocupadas en común sin el cuidado de nuestra miel.

En el mundo *material* los hombres se asocian para el trabajo; una multitud llega más pronto y por diferentes caminos al objeto a que se dirige; las masas de individuos levantarán las pirámides, y, estudiando cada uno por su parte, estos individuos reconcentrarán los descubrimientos en las ciencias, y explorarán todos los arcanos de la creación física.

Pero, ¿sucede lo mismo en el mundo *moral*? Es inútil que se coliguen mil cerebros, puesto que jamás compondrán la obra maestra que produce la cabeza de un Homero.

Hase dicho que una ciudad cuyos miembros disfrutasen de igual repartición de bienes y de educación, ofrecería a los ojos de la Divinidad un espectáculo superior al de la ciudad de nuestros padres. La locura dominante hoy es llegar a la unidad de los pueblos y convertir en un solo hombre la especie entera; ¡sea así! pero el adquirir facultades generales, ¿no parecerá toda una serie de sentimientos privados? Desaparecerían las dulzuras del hogar doméstico y los encantos de la familia, y entré todos esos seres blancos, amarillos y negros, reputados como vuestros compatriotas, no podríais arrojaros al cuello de un hermano. ¿Nada había en la vida antigua, nada en ese ilimitado espacio que descubríais desde vuestra ventana rodeada de yedra?

Mas allá de vuestro horizonte sospechabais la existencia de países desconocidos, de que apenas os hablaba el ave de paso, único viajero que veíais en el otoño. Era delicioso imaginar que las colinas que os rodeaban no desaparecerían a vuestra vista y que encerrarían siempre vuestras amistades y vuestros amores; que el gemido de la noche alrededor de vuestro asilo, sería el único rumor con que os dormiríais; que nunca

sería turbada la paz de vuestra alma, y que allí encontraríais constantemente los pensamientos que os esperaban para entablar de nuevo con vosotros su coloquio familiar.

Sabríais donde nacisteis, sabríais donde estaba vuestro sepulcro, y al penetrar en el bosque podríais decir:

Beaux arbres qui m'avez vu naître,  
Bientôt vous me verrez mourir.

*¡Hermosos árboles que me habéis visto nacer, pronto me veréis morir!*

El hombre no necesita viajar para engrandecerse, porque lleva consigo la inmensidad. Tal acento que se escapa de nuestro seno, no puede medirse y encuentra eco en millares de almas; el que no encierra en sí mismo esta armonía, la pedirá en vano al universo. Sentaos en el tronco del árbol tronchado en el fondo de los bosques, y si en el profundo olvido de vosotros mismos, si en vuestro silencio no encontráis lo infinito, es inútil que os extraviéis en las orillas del Ganges.

¿Qué sería una sociedad universal que no tuviese país particular, que no fuese francesa, ni inglesa, ni alemana, ni española, ni portuguesa, ni italiana, ni rusa, ni tártara, ni turca, ni persa, ni india, ni china, ni americana, o, por mejor decir, fuese todas estas cosas?

¿Qué resultaría de esto para sus costumbres, sus ciencias, sus artes y su poesía?

¿Cómo se expresarían las pasiones sentidas a la vez según la naturaleza de los diferentes pueblos en los diferentes climas?

¿Cómo se amoldaría el lenguaje a esa confusión de necesidades y de imágenes producidas por los diversos soles que habrían alumbrado una juventud, una virilidad y una vejez comunes? ¿Y cuál sería este lenguaje?

De la fusión de las sociedades, ¿resultaría un idioma universal o se inventaría un dialecto de transacción destinado al uso diario, mientras que cada nación hablaría su propia lengua, o bien las diferentes lenguas serían entendidas por todos?

¿Bajo qué regla uniforme, bajo qué ley única existiría esta sociedad? ¿Cómo hallar lugar en una tierra dilatada por el poder de ubicuidad y reducida a las mezquinas proporciones por un globo minado por todas partes? No nos queda-

ría otro recurso que pedir a la ciencia el medio de cambiar de planeta.

Cansados de la propiedad particular, ¿os proponéis hacer del gobierno un propietario único que distribuye a la comunidad convertida en pordiosera una parte proporcional al mérito de cada individuo? Pero, ¿quién juzgará los méritos? ¿quién tendrá fuerza y autoridad suficientes para hacer ejecutar vuestras determinaciones? ¿Quién regirá y hará valer esa banca de inmuebles vivientes?

¿Buscáis la asociación del trabajo? ¿Qué traerán el débil, el enfermo y el imbecil a la comunidad recargada con el peso de su imposibilidad de trabajar?

Otra combinación: podrían formar reemplazando el salario por unas especies de sociedades anónimas o en comandita entre los fabricantes y los obreros, entre la inteligencia y la materia, donde unos llevarían su capital y sus ideas, y los otros su industria y el trabajo, y se repartirían luego en común los beneficios reportados. Esto sería la perfección completa establecida entre los hombres; digna es de elogio si desaparecen del todo las rencillas, la avaricia y la envidia, pero, si un solo asociado reclama, el edificio se desploma, y empiezan las divisiones y los pleitos. Este medio, algo más posible en teoría, es igualmente imposible en la práctica.

¿Buscaréis, por medio de una opinión mitigada, la edificación de una ciudad en la que cada hombre posea techo, fuego, vestidos y alimento suficiente?

Cuando hayáis conseguido dotar a cada ciudadano, las cualidades y defectos particulares destruirán vuestra repartición o la harán injusta; éste necesita más cantidad de alimento que aquél; uno no puede trabajar tanto como otro; los hombres económicos y laboriosos llegarán a ser ricos, al paso que los perezosos, los malgastadores y los enfermos caerán nuevamente en la miseria, porque no podéis dar a todos el mismo temperamento, y la desigualdad natural volverá a surgir a despecho de vuestros esfuerzos.

Y no creáis que nos dejemos embarullar por las precauciones legales y complicadas que hasta aquí han exigido la organización de la familia, los derechos matrimoniales, las tutelas, funciones de los herederos y representantes, etc. etc. El matrimonio es evidentemente una opresión absurda y lo abolimos. Si el hi-

jo mata al padre, no es el hijo, como se prueba muy bien, el que comete un parricidio, sino el padre que, viviendo, sacrificó al hijo.

No perdamos, pues, el juicio extraviándonos en los laberintos de un edificio que construíamos sin sólidos cimientos; es inútil detenerse en estas bagatelas caducas de nuestros abuelos.

A pesar de esto, entre los modernos sectarios hay algunos que, entendiendo la imposibilidad de sus doctrinas, mezclan a ellas, para hacerlas tolerables, las palabras de moral y de religión; creen que, esperando cosas mejores, se nos podría conducir desde luego a la ideal medianía de los americanos; cierran los ojos y se obstinan en olvidar que los americanos son propietarios, y propietarios ardientes, lo que cambia un poco la cuestión.

Otros, más corteses todavía, y que admiten una especie de elegancia de civilización, se conformarían con transformarnos en chinos *constitucionales*, poco menos que ateos, viejos ilustrados y libres, sentados con trajes amarillos por los siglos, en nuestros jardines, que pasamos días en comodidades compradas a la muchedumbre, habiéndolo inventado todo, y descubrirlo todo, vegetando en paz en medio de nuestros progresos realizados y colocándonos en un ferrocarril como un fardo, para ir desde Cantón hasta la gran muralla a visitar una laguna que debe desecarse, o un canal que debe abrirse, acompañados por otro industrial del Celeste Imperio.

En una y otra hipótesis, es decir, americano o chino, me consideraré feliz si dejo de existir antes de disfrutar de semejante felicidad.

Por último, quedará una solución: podría ocurrir que a causa de una degradación completa del carácter humano, se arreglasen con lo que tienen: perderían el amor a la independencia, reemplazado por el amor al dinero, al mismo tiempo que los reyes perderían el amor al poder, convertido en amor al presupuesto de palacio.

De aquí resultaría un conflicto entre el monarca y los súbditos, satisfechos de arrastrarse confundidos en un orden político, bastardo; ostentarían a su placer sus enfermedades, los unos a vista de los otros, como en los antiguos hospitales de lepra o como en el cieno en que se sumergen actualmente los enfermos para aliviarse; nadarían todos en un faugo in-

diviso, en el estado de pacíficos reptiles.

Es, no obstante, perder el tiempo, pretender en el actual estado de nuestra sociedad, reemplazar los placeres de la naturaleza intelectual por los placeres de la naturaleza física. Estos, como se concibe muy bien, podían ocupar la vida de los antiguos pueblos aristocráticos, que, dueños del mundo, poseían palacios y rebaños de esclavos, y contaban, entre sus propiedades particulares, regiones enteras de Africa.

Pero, ¿bajo qué pórticos pasearéis hoy vuestros pobres ocios? ¿en qué espacios y adornados baños encerraréis los perfumes, las flores, las tocadoras de flautas, las cortesanas de Jonia? No es Heliogábalo quien quiere serlo. ¿De dónde sacaréis las riquezas indispensables a estas delicias materiales? El alma es económica, pero el cuerpo es pródigo.

Digamos ahora algunas palabras más formales acerca de la igualdad absoluta. Esta igualdad traerá consigo no sólo la esclavitud de los cuerpos sino también la de las almas; se trataría nada menos que de destruir la desigualdad moral y física del individuo.

Nuestra voluntad, puesta en administración bajo la vigilancia de todos, vería caer en desuso vuestras facultades. Lo infinito, por ejemplo, entra en nuestra naturaleza; pues bien: prohibir a nuestra inteligencia, o siquiera a nuestras pasiones, que conciban bienes sin término, y reduciréis al hombre a la vida del caracol, lo convertiréis en máquina.

Porque no os forjéis ilusiones: sin la imposibilidad de llegar a todo, sin la idea de vivir eternamente, se toca por dondequiera la nada; sin la propiedad individual nadie es libre; el que carece de propiedad no puede ser independiente y se convierte en proletario o asalariado, ora viva en la condición actual de las propiedades aisladas, o en medio de una propiedad común que haría a la sociedad semejante a uno de los monasterios a cuya puerta los económicos reparten el pan.

La propiedad hereditaria e inviolable es nuestra defensa personal: la propiedad no es otra cosa que la *libertad*.

La *igualdad absoluta*, que presupone la *sumisión completa* a esta *igualdad*, reproduciría la más dura esclavitud y convertiría al individuo humano en una acémila sometida a la acción que le impulsaría, y precisada a marchar sin fin por el mismo sendero.

Mientras discurría de esta suerte, Lamennais atacaba, detrás de los cerrojos de su encierro, los mismos sistemas con su poderosa lógica que se ilumina con el esplendor del poeta. Un fragmento de su folleto intitulado: *Del pasado y del porvenir del pueblo*, completará mis reflexiones; escuchadlo, porque él es quien habla ahora:

«Respecto de los que se proponen este objeto de rigurosa y absoluta igualdad, los más consecuentes concluyen estableciéndola y manteniéndola por medio de la fuerza del despotismo y la dictadura, bajo una u otra forma.

»Los partidarios de la igualdad absoluta se ven obligados, desde luego, a atacar las desigualdades naturales, a fin de atenuarlas y destruirlas si es posible. No pudiendo cosa alguna sobre las condiciones de organización y desarrollo, su obra empieza en el instante en que el hombre nace, o el niño sale del seno de su madre. El Estado se apodera entonces de él, constituyéndose en dueño absoluto del ser espiritual y del ser orgánico. La inteligencia y la conciencia, todo depende de él, todo le está sometido. Deja desde entonces de existir la familia y desaparecen la paternidad y el matrimonio, quedando solamente un varón, una hembra y unos hijos que el estado maneja y de los que hace lo que le acomoda, moral y físicamente, y además una servidumbre universal y tan profunda, que nada se substraerá a ella, y que penetra hasta el fondo del alma.

»En cuanto a lo que se refiere a las cosas materiales, la igualdad no puede establecerse de un modo poco duradero por la mera repartición. Si se tratase de la tierra sola, se concibe que pueda ser dividida en tantas porciones como individuos; pero el número de éstos varía incesantemente esta división primitiva. Habiendo sido abolida toda propiedad industrial, no existe otro poseedor de derecho que el Estado. Este modo de posesión, si es voluntario, es el del fraile obligado por sus votos a la pobreza como a la obediencia, y, si no es voluntario, es el del esclavo, en quien nada modifica el rigor de su condición. Todos los vínculos de la humanidad, las relaciones simpáticas, el amor recíproco, el cambio de servicios, el libre don de sí mismo, todo lo que constituye el encanto y la grandeza de la vida, todo ha desaparecido para no volver.

»Los medios propuestos hasta el día

para resolver el problema del porvenir del pueblo, reducen a la negación de todas las condiciones indispensables de la existencia, destruyen, sea directa, sea implícitamente, el deber, el derecho, la familia, y sólo producirían, si pudiesen ser aplicadas a la sociedad, en lugar de la libertad en que se resume todo progreso real, una esclavitud con la que, por alto que subamos, la historia no ofrece nada comparable.»

Nada queda que añadir a esta lógica.

No voy a visitar a los presos como Tartufo, para repartirles limosnas, sino para enriquecer mi inteligencia tratando con hombres que valen más que yo. Cuando sus opiniones difieren de las mías, nada temo; cristiano constante, todos los ingenios de la tierra no harían vacilar mi fe; les compadezco y mi caridad me defiende de la seducción.

Si peco por exceso, ellos pecan por defecto; comprendo lo que comprenden, pero ellos no comprenden lo que yo comprendo.

En la misma prisión donde en otro tiempo visité al noble y desgraciado Carrrel, visito hoy al abate Lamennais. La revolución de julio ha relegado a las tinieblas de un calabozo al resto de los hombres superiores, cuyo mérito y brillo no puede juzgar ni sostener. En el último aposento al subir, bajo un techo poco elevado que se puede tocar con la mano, nosotros imbéciles creyentes de libertad, Francisco de Lamennais y Francisco de Chateaubriand, hablamos de asuntos graves. En vano se debate; sus ideas se han vaciado en el molde religioso; la forma permanece cristiana, cuando el fondo se aleja más del dogma; su palabra conserva el eco del cielo.

Fiel hereje, el autor del *Ensayo sobre la indiferencia* habla mi lengua con ideas que no son las mías. Si después de haber abrazado la divisa evangélica popular, hubiese permanecido fiel al sacerdocio, habría conservado la autoridad que se destruye con las variaciones.

Los párrocos, los nuevos miembros del clero (y los más distinguidos de estos levitas) se dirigen a él; los obispos se hubieran comprometido a su favor si se hubiese declarado defensor de las libertades galicanas, sin dejar de venerar al sucesor de San Pedro y de defender la unidad.

En Francia la juventud habría rodeado al misionero en quien encontraba las ideas que ama y los progresos a que as-

pira; en Europa los desidentes atentos no hubieran opuesto obstáculo alguno; los grandes pueblos católicos, los polacos, los irlandeses y los españoles, habrían bendecido al inspirado predicador. La misma Roma hubiese concluido con advertir que el nuevo evangelista había renacer el dominio de la Iglesia, y proporcionaba al pontífice oprimido el medio de resistir a la influencia de los reyes absolutos. ¡Qué poder de vida! ¡La inteligencia, la religión y la libertad representadas en un sacerdote!

Dios no lo ha querido así: la luz ha faltado repentinamente al que era la luz: el guía, al desaparecer, ha dejado el rebaño sumido en la noche. A mi compatriota, cuya carrera pública ha quedado interrumpida, le quedará siempre la superioridad privada y la preeminencia de los dolores naturales. En el orden de los tiempos debe sobrevivirme; yo le cito a mi lecho de muerte, para suscitar de nuevo nuestras grandes controversias en aquellas puertas que jamás se repasan. Me complacería ver a su talento concederme la absolución que su mano tenía en otro tiempo el derecho de hacer descender sobre mi cabeza. Al nacer, nos han mecido unas mismas olas; sea, pues, concedida a mi ardiente fe y a mi sincera admiración la esperanza de que encontraré todavía a mi amigo reconciliado en las mismas playas de la eternidad.

Por último, mis investigaciones me han hecho deducir que la antigua sociedad se derrumba, que es imposible a quien no sea cristiano comprender la sociedad futura prosiguiendo su curso y satisfaciendo a la vez, o a la idea puramente republicana o a la idea monárquica modificada. En hipótesis, las mejoras que se desean no pueden salir más que del Evangelio.

En el fondo de las combinaciones de los actuales sectarios, está siempre el plagio, la parodia del Evangelio, siempre se encuentra el principio del Evangelio; este principio está tan impregnado en nosotros, que usamos de él como cosa nuestra; lo presumimos natural a nosotros aunque no lo sea; lo hemos adquirido de nuestra antigua fe, tomándola de dos o tres generaciones anteriores. Este espíritu independiente que se ocupa en la perfección de sus semejantes, no habría pensado nunca en ello si el derecho de los pueblos no se hubiese establecido por

el Hijo del hombre. Todo acto de filantropía al que nos consagramos, todo sistema que imaginamos en interés de la humanidad, no es sino la idea cristiana vuelta, cambiada de nombre y desfigurada muchas veces: ¡es siempre el Verbo que se hizo carne!

¿Queréis que la idea cristiana no sea sino la idea humana en progresión? Consiento en ello, pero abrid las diferentes cosmogonías y aprenderéis que un cristianismo tradicional ha precedido en la tierra al cristianismo revelado.

Si el Mesías no hubiese venido y no hubiese hablado, como lo dice él mismo, la idea no se hubiera desprendido, las verdades permanecerían oscuras, tal como aparecen en los escritos de los antiguos.

Interprétese, pues, como se quiera, del revelador de Jesucristo es de quien se obtiene todo; es preciso partir siempre del Salvador, *Salvator*, del Consolador, *Paraclitus*, de él es de quien se han recibido los gérmenes de la civilización y de la filosofía.

Se ve, pues, que no hay solución para el porvenir más que en el cristianismo, y en el cristianismo católico la religión del Verbo es la manifestación de la verdad, como la creación es la invisibilidad de Dios.

No pretendo que se haya de verificar absolutamente una renovación general, porque admito que hay pueblos enteros condenados a la destrucción, y admito también que la fe se extingue en ciertos países; pero, si se salva un solo grano de ella, si cae sobre un poco de tierra, aun cuando no sea más que en los restos de una vasija, este grano germinará, y una segunda concepción del espíritu católico reanimará la sociedad.

El cristianismo es la apreciación más filosófica y más racional de Dios y de la creación; él encierra las tres grandes leyes del universo: la ley divina, la ley moral y la ley política; la ley divina, unidad de Dios en tres personas; la ley moral, *caridad*; la ley política, esto es, *libertad, igualdad, fraternidad*.

Los dos primeros principios están desarrollados; el tercero, la ley política, no ha recibido su complemento, porque no podía florecer mientras que la creencia inteligente del ser infinito y la moral universal no estuviesen sólidamente establecidas. Además, el cristianismo tuvo primero que depurar los abusos y las

abominaciones de que la idolatría y la esclavitud habían infestado al género humano.

Personas ilustradas no comprenden que un católico como yo se obstine en sentarse a la sombra de lo que ellas llaman ruinas; según esas gentes, esto es una apuesta, es un partido tomado. Pero, dígame por piedad, ¿dónde encontraré una familia y un Dios en la sociedad filosófica que se me propone? Señálememe, y lo adoptaré, y, en caso contrario, no os parezca mal que me acueste en la tumba de Jesucristo, único abrigo que me han dejado al abandonarame.

No, no he hecho una apuesta conmigo, hablo con sinceridad, y he aquí lo que me ha sucedido: de mis proyectos, de mis estudios, de mi experiencia, no me queda más que un desengaño completo de todas las cosas de este mundo.

Mi convicción religiosa, engrandeciéndose, ha ahogado mis demás convicciones; no hay en la tierra cristiano más creyente ni hombre más incrédulo que yo.

Lejos de llegar a su término, la religión del Salvador apenas acaba de entrar en su tercer período, en el período político, *libertad, igualdad, fraternidad*. El evangelio, sentencia de absolución, no ha sido aún leído a todos; todavía estamos en las maldiciones pronunciadas por Jesucristo:

«¡Desgraciados de vosotros que cargáis a los hombres con pesos que no pueden llevar, y que no quisierais haberlos tocado con la punta del dedo!»

El cristianismo, estable en sus dogmas, es móvil en sus luces; su transformación envuelve la transformación universal. Cuando haya llegado a su mayor esplendor, las tinieblas acabarán de disiparse, la libertad móvil crucificada en el Calvario con el Mesías, descenderá con él y entregará a las naciones ese nuevo testamento escrito en su favor, y hasta ahora embarazado en sus cláusulas.

Los gobiernos pasarán, el mal moral desaparecerá, la rehabilitación anunciará la consumación de los siglos de muerte y de opresión nacidos de la caída.

¿Cuándo llegará ese día deseado? ¿Cuándo se recompondrá la sociedad con arreglo a los medios secretos del principio regenerador? Nadie puede decirlo, porque no podrían calcularse las resistencias de las pasiones.

Más de una vez la muerte aletargará razas, derramará el silencio sobre los sucesos, como la nieve caída durante la

noche hace cesar el ruido de los carruajes.

Las naciones no creen con tanta rapidez como los individuos de que se componen y no desaparecen tan pronto. ¡Cuánto tiempo no es necesario para llegar a una sola cosa que se busque! La agonía del Bajo Imperio pensó no concluir; la era cristiana, tan extendida ya, no ha bastado a la abolición de la esclavitud.

Bien sé que estos cálculos no se avienen con el temperamento francés; en nuestras revoluciones jamás hemos admitido el elemento del tiempo, y por eso nos quedamos siempre desconcertados con los resultados contrarios a nuestras inquietudes. Llenos los jóvenes de un generoso valor, precipítanse y avanzan con la cabeza hacia una región elevada que entrevén, y que se esfuerzan por conseguir; nada hay más digno de admiración, pero gastarán su vida en esos esfuerzos, y llegados al término, de error en error, consignarán el peso de los años frustrados a otras generaciones engañadas que lo llevarán hasta las vecinas tumbas y así sucesivamente.

Ha vuelto el tiempo del destierro, el cristianismo comienza de nuevo en la esterilidad, en la Tebaida, en medio de una idolatría del hombre hacia sí mismo.

Hay dos consecuencias en la historia, la una inmediata y que se conoce al momento, y la otra lejana que no se advierte tan pronto. Estas consecuencias se contradicen frecuentemente; las unas vienen de nuestra corta sabiduría, las otras de la sabiduría perdurable. El suceso providencial aparece tras el suceso humano. Dios se levanta tras de los hombres. Negad cuanto os plazca el supremo consejo, no consintáis su acción, disputad sobre las palabras, llamad fuerza de las cosas o razón lo que el vulgo llama Providencia, contemplad el fin de un hecho consumado, y veréis que ha producido siempre lo contrario de lo que se esperaba cuando no fué desde el principio establecido sobre la moral y la justicia.

Si el cielo no ha pronunciado su última sentencia, y si el porvenir debe ser poderoso y libre, está lejos todavía, muy lejos, más allá del horizonte visible, y no podría llegarse a él sin la ayuda de esa esperanza cristiana, cuyas alas crecen a medida que todo parece frustrarla, esperanza más larga que el tiempo y más poderosa que la desgracia.

*Genio del Cristianismo*. En una sociedad cambiada cuento y pierdo amigos.

RESUMEN DE MI VIDA Y DE LOS CAMBIOS OCURRIDOS EN EL GLOBO DURANTE ELLA.

¿La obra inspirada por mis cenizas y destinada a mis cenizas subsistirá después de mí? Posible es que mi trabajo sea malo, posible es que al ver la luz estas *Memorias* se borren, pero, al menos, las cosas a que me he referido habrán servido para distraer el fastidio de estas últimas horas de las que nadie quiere ni sabe qué hacer. Al terminar la vida hay una edad amarga: todo disgusta, porque uno no es digno de nada, no sirve para nadie y es una carga para todos; cerca de su último lecho, no hay sino un paso que dar para llegar a él: ¿de qué serviría soñar con una playa desierta? ¿qué amables sombras se divisarían en el porvenir? Vayan en hora mala las nubes que vuelan ahora sobre mi cabeza.

Se me ocurre una idea que me turba; mi conciencia no está tranquila con la inocencia de mis vigilias, y temo mi ceguera y la complacencia del hombre por sus faltas. ¿Lo que escribo está bien, según la justicia? ¿La moral y la caridad son rigurosamente observadas? ¿He tenido el derecho de hablar a los demás? ¿De qué me serviría el arrepentimiento si estas *Memorias* produjesen algún daño? Ignorados y ocultos de la tierra, vosotros, cuya vida grata a los altares hace milagros, ¡salud a vuestras secretas virtudes!

Ese pobre desprovisto de ciencia y en quien nadie se ocupará más, ha ejercido por única doctrina de sus costumbres, sobre sus compañeros de desgracia, la influencia de Jesucristo. El libro más hermoso de la tierra no vale tanto como un acto desconocido de esos mártires sin nombre, *cuya sangre*, Herodoto había mezclado a sus sacrificios.

Me habéis visto nacer, habéis visto mi infancia, la idolatría de mi singular creación en el palacio de Combourg, mi presentación en Versalles, mi existencia en París, el primer espectáculo de la Revolución.

En el nuevo mundo encuentro a Washington; me interno en los bosques y el naufragio me arroja a las costas de mi Bretaña.

Sucédense mis trabajos como soldado, mis miserias como emigrado.

De regreso en Francia compongo el

Bonaparte me detiene y se arroja con el cuerpo sangriento del duque de Enghien ante mis pies; me detengo a mi vez y conduzco al grande hombre desde su cuna en Córcega hasta su tumba de Santa Elena. Tomo parte en la Restauración y la veo concluir.

De esta manera he conocido la vida pública y privada. Cuatro veces he atravesado los mares, he seguido el sol en Oriente, y tocado las ruinas de Menfis, de Cartago, de Esparta y de Atenas; he orado en el sepulcro de San Pedro y adorado en el Gólgota.

Pobre y rico, poderoso y débil, feliz y miserable, hombre de acción, hombre de pensamiento, he colocado mi mano en el siglo, mi inteligencia en el desierto, y la existencia efectiva se ha presentado a mi vista en medio de todas las ilusiones, del mismo modo que la tierra aparece a los marineros entre las nubes. Si estos hechos esparcidos en mis sueños como el barniz que preserva pinturas frágiles no desaparecen, señalarán el sitio por donde ha pasado mi vida.

En cada una de mis tres carreras me habla propuesto un objeto importante: viajero, he aspirado al descubrimiento del mundo polar; literato, he ensayado restablecer el culto sobre sus ruinas; hombre de gobierno, me he esforzado por dar a los pueblos el sistema de la monarquía templada, en volver a adquirir para Francia el lugar que le corresponde en Europa, en devolverle la fuerza que los tratados de Viena le habían hecho perder; al menos he contribuido a conquistar esa libertad que vale por todas, la libertad de imprenta. En el orden divino, religión y libertad; en el orden humano, honor y gloria (que son la generación humana de la religión y de la libertad); he aquí lo que he deseado para mi patria.

De los autores franceses de mi época, soy casi el único que se parece a sus obras; viajero, soldado, publicista, ministro, he cantado los bosques en los bosques, he pintado el Océano sobre los buques, en los campamentos he hablado de las armas, en el destierro he aprendido a estar desterrado, y en las cortes, en los negocios, en las asambleas, he estudiado los príncipes, la política y las leyes.

Los oradores de Grecia y Roma intervinieron en los negocios públicos y par-

participaron de su suerte: de Italia y España de fines de la Edad Media y del Renacimiento, los primeros ingenios en las letras y en las artes participaron de aquel movimiento social.

¡Qué vidas tan borrascosas y bellas las de Dante, el Taso, Camoens, Ercilla y Cervantes!

En Francia, antiguamente nuestros cantos e historias nos llegaban de nuestras peregrinaciones y de nuestros combates; pero desde el reinado de Luis XIV nuestros escritores se encontraron frecuentemente aislados, cuyos talentos podían ser la expresión del espíritu, no de los hechos de su época.

Yo, afortunada, o desgraciadamente, después de haber acampado bajo la choza del iroqués y bajo la tienda del árabe; después de haber vestido la túnica del salvaje y el caftán del mameluco, he tomado asiento en la mesa de los reyes para volver a caer en la indigencia.

He intervenido en la paz y en la guerra, he firmado tratados y protocolos, he asistido a sitios, a congresos y cónclaves y a la reedificación y demolición de los tronos; he redactado historia y podía escribirla; y mi vida solitaria y silenciosa marchaba al lado del tumulto y de la confusión con las hijas de mi imaginación, Atala, Amelia, Blanca, Velleda, sin hablar de lo que podía llamar las realidades de mis días, si ellas no fuesen la seducción de las quimeras.

Temo mucho haber tenido un alma de la especie de aquella que un antiguo filósofo llamaba un mal sagrado.

Me he encontrado entre dos siglos como en la confluencia de dos ríos, y me he sumergido en sus turbias aguas, alejándome a mi pesar de la antigua ribera donde nací, nadando con esperanza hacia una orilla desconocida.

La geografía ha sufrido un cambio completo desde que, según la expresión de nuestras antiguas costumbres, he podido mirar el cielo de mi cama. Si comparo dos globos terrestres, el uno del principio y el otro del fin de mi vida, ya no los reconoceré. Una quinta parte de la tierra, Australia, se ha descubierto y poblado; un sexto continente acaba de divisarse por unas velas francesas en los hielos del polo Antártico; y los Parry, los Ross, los Franklin han recorrido en nuestro polo las costas que delinean el límite de América en el septentrión, el África ha abierto sus misteriosas soledades, y últimamente no hay un rincón de

nuestra morada que sea actualmente ignorado. Acométase a todas las lenguas de tierra que separan el mundo, y pronto se verá sin duda enviar buques por el istmo de Panamá, y aun por el istmo de Suez.

La historia ha hecho paralelamente descubrimientos en el fondo del tiempo: las lenguas sagradas han permitido leer su vocabulario perdido, y hasta los granitos de Mezraim ha descifrado Champollion, esos geroglíficos que parecían ser un sello colocado en los labios del desierto y que respondía de su eterna discreción.

Si las recientes revoluciones han borrado del mapa a Polonia, Holanda, Génova y Venecia, otras repúblicas ocupan una parte de las orillas del gran Océano y del Atlántico.

En estos países, la civilización perfeccionada podría prestar socorros a una naturaleza enérgica: los barcos de vapor subirían esos ríos destinados a servir de comunicaciones fáciles, después de haber sido obstáculos invencibles, y las orillas de los ríos se cubrirían de ciudades y aldeas, como hemos visto de los desiertos del Kentucky salir nuevos Estados americanos.

En aquellos bosques tenidos por impenetrables correrían esos carruajes sin caballos, transportando enormes pesos y millares de viajeros. Por aquellos ríos y por aquellos caminos bajarían, con los árboles para la construcción de los buques, las riquezas de las minas que servirían para pagarlos, y el istmo de Panamá rompería su muralla para dar paso a estos buques por ambos mares.

La marina, que toma del fuego el movimiento, no se limita a la navegación de los ríos sino que también cruza el Océano; las distancias se acortan; no hay ya corrientes, ni monzones, ni vientos contrarios, ni bloqueos, ni puertos cerrados. Distan mucho estos cuentos industriales de la aldea de Plancouët; en aquella época las damas jugaban a los juegos de otros tiempos en su hogar; las aldeanas hilaban el cáñamo de sus vestidos; la delgada bujía de resina alumbraba las veladas de la aldea; la química no había efectuado sus prodigios; las máquinas no habían puesto en movimiento todas las aguas y todos los hielos para tejer las lanas o bordar las sedas; el gas, que permanecía aún en los meteoros, no suministraba la luz a nuestros teatros y a nuestras calles.

Estas transformaciones no se han limitado a nuestras moradas: el hombre, por el instinto de su inmortalidad, ha mirado hacia arriba, y a cada paso que ha dado en el firmamento, ha reconocido milagros del poder infinito. Aquella estrella que parecía sencilla a nuestros padres, es doble y triple a nuestros ojos; y los soles interpuestos delante de los soles, se hacen sombra y carecen de espacio para su muchedumbre. En el centro de lo infinito ve Dios desfilar en redor suyo esas magníficas teorías, pruebas añadidas a las pruebas del Ser supremo.

Representémonos, según los adelantos de la ciencia, nuestro mezquino planeta nadando en un Océano de olas de soles, en esa vía láctea, materia bruta de luz, metal en fusión de mundos que formara la mano del Criador. La distancia de tales estrellas es tan prodigiosa, que su resplandor no podrá llegar nunca a la vista del que las contempla sino cuando esas estrellas sean extinguidas, el foco antes que el rayo.

¡Qué pequeño es el hombre sobre el átomo en que se mueve! pero, ¡qué grande al mismo tiempo como inteligencia! ¡Sabe cuando el rostro de los astros debe cambiar de sombras, a qué hora vuelven los cometas transcurridos miles de años, él que solo vive un momento! Insecto microscópico oculto en un pliegue del vestido del cielo, los globos no pueden ocultar uno solo de sus pasos en la profundidad de los espacios. Esos astros nuevos para nosotros, ¿qué destino alumbrarán? ¿A qué nueva fase de la humanidad está unida la revelación de esos astros? Vosotras, razas venideras, lo sabréis; yo lo ignoro y me retiro.

Gracias al gran número de mis años, mi monumento se ha concluido. Esto para mí es un gran consuelo; sentía que alguien me empujaba, y era el patrón de la barca que me advertía que no me quedaba más que un momento para su-

bir a bordo. Si hubiera sido el dueño de Roma, diría, como Sila, que acabo mis *Memorias* la víspera de mi muerte; pero no, concluiré mi relación por las siguientes palabras con que él concluyó la suya:

«He visto en sueños a uno de mis hijos que me enseñaba a Metela, su madre, y me invitaba a ir a gozar del reposo en el seno de la felicidad eterna.»

Si yo hubiera sido Sila, la gloria no habría podido darme jamás el reposo y la felicidad.

Formáronse nuevas borrascas, créese presentir calamidades que dejarán atrás las aficciones que nos abruman, y piénsese ya en vendar nuevamente las antiguas heridas para volver al campo de batalla. Sin embargo, no pienso que ocurran otras calamidades, porque los pueblos y los reyes están igualmente cansados; catástrofes imprevistas no caerán sobre Francia, y lo que me siga no será más que la consecuencia de la transformación general. Sin duda se pasará por situaciones penosas y el mundo no podrá cambiar de aspecto, sin dolor. Pero, lo repito, no serán revoluciones aisladas, sino la gran revolución que marcha a su término. Las escenas de mañana no me competen, llaman a otros pintores; con que a ello, señores.

Al trazar estas últimas palabras, hoy diez y seis de noviembre de 1841, mi ventana que cae al oeste, a los jardines de las Misiones Extranjeras, está abierta y veo la luna pálida, en cuarto creciente, descendiendo sobre la flecha de los Inválidos, revelada apenas por el primer rayo dorado de Oriente: diríase que el antiguo mundo concluye y que principia el nuevo. Veo los reflejos de una aurora cuyo sol no verá aparecer. Sólo me queda el recurso de sentarme al borde de mi tumba, después de lo cual bajaré resueltamente con el crucifijo en la mano a la eternidad.